

RUGGIERO ROMANO, EL VIAJERO

Los sesenta años de Ruggiero Romano son una ocasión excepcional para referirnos a la obra de un historiador prolífico y múltiple, vinculada al Perú de muchas maneras. Inicialmente esta vinculación puede remitirse a determinadas fechas bibliográficas: Romano viene desarrollando desde hace varios años una investigación de largo aliento sobre la coca, esas "pobres hojas" a través de las cuales se puede releer la historia económica y cultural del país. El bello artículo publicado en *Allpanchis* sobre el contrapunto entre coca y cocaína, es apenas el principio de una larga serie de ensayos dedicados al tema, donde Romano sabrá unir su larga experiencia como historiador con su conocimiento del Perú. Pero conviene aclarar que es un conocimiento peculiar. A diferencia de muchos otros, Romano no vino a este país sólo para buscar los datos que requería en el afán de argumentar una tesis novelosa. Estuvo en archivos y bi-

bliotecas, pero visitó también museos, conversó mucho y sobre todo viajó incansablemente. En las cuatro ocasiones que estuvo con nosotros, se las ingenió para ir, solo o acompañado, a parajes tan diversos como Chanchamayo, el Altiplano, los valles azucareros del norte. Discípulo de Lucien Febvre, prolongaba sobre el terreno esa unión estrecha entre historia y vida siempre invocada por su maestro. Un testimonio de su experiencia fue el libro *Memoria di un paese: le ande*, elaborado en colaboración con Genéviève Drouhet: allí la historia se vale de la fotografía para pensar una sociedad.

Pero más allá de las menciones bibliográficas, Romano ha sabido introducir los problemas peruanos en el contexto cultural italiano. Lo hace periódicamente en las páginas de la revista *Nova Americana*, pero también proponiendo la traducción de textos tan importantes como los artículos de Murraz, la tesis de Zuidema,

las novelas de Arguedas o los ensayos de Mariátegui. Tiempo antes que empezasen las machaconas referencias a Mariátegui —eso que Guillermo Rochabrún ha denominado como "mariateguía"—, Romano advirtió la originalidad de este escritor latinoamericano y dirigió con acierto dos tesis imprescindibles: el trabajo pionero de Diego Messeguer y el innovador aporte de Robert Paris. Si seguimos por este camino tendríamos que realizar una larga lista de tesis sobre el Perú dirigidas por Romano. A riesgo de muchas omisiones recuerdo los apellidos de Bonilla, Burga, López Peralta... Otra dimensión de Romano: el maestro.

No es lo mismo profesor que maestro. Incluso los términos pueden terminar siendo contrapuestos. Para entenderlos debemos indicar que estamos asumiendo la definición que el propio Romano propone: un maestro es la persona que sigue de cerca, paso a paso, el trabajo de su

alumno". Precisamente es lo que hace, desde su cátedra en París, con todos aquellos que se acercan a él para realizar una tesis o un trabajo de investigación. De sus alumnos sabe exigir trabajo: sin algún borrador no hay conversación posible con Ruggiero. Pero a cambio entrega una lectura siempre atenta, punzantemente crítica y llena de sugerencias novedosas. Romano viajero como Romano investigador o profesor, gusta internarse por rutas poco trajinadas, ubicándose en las fronteras de la historia.

Esta amplitud de horizontes llevó a Romano de Italia, mejor dicho de sus intereses locales por la vida napolitana en el siglo XVIII, a Venecia, los puertos franceses, los grandes temas de la historia europea como las crisis de los siglos XIV o XVII, el origen del capitalismo, para derivar posteriormente en las economías coloniales en los casos de Buenos Aires y Chile. Prolongados viajes guiados siem-

pre por un sentido de lo concreto. Lejos de caer en un fácil "universalismo" esa experiencia le dio un peculiar sentido de la especificidad. Convencido que no existe un modelo historiográfico válido siempre y en todo lugar, aconsejaba a sus alumnos latinoamericanos —en la ruta de Arguedas o Mariátegui—, aventurarse a construir sus propios modelos. Muchas veces sucede que el maestro se educa enseñando. Surgió por estos caminos recorridos por un viajero de tiempos y espacios tan diversos, la idea de una historia de Italia que aspirase a formular el modelo propio de una nación joven en un país viejo. Entender sus distorsiones, cohesiones, fuerzas centrifugas, etc. Una formación nacional tardía, del siglo XIX, pero levantada sobre un país de gran densidad histórica. Evidente parentesco entre Italia

el Perú. Otra vinculación entre Romano y este país. (Alberto Flores Galindo)